

IV

Tibia mañana asoleada... Anoche se congeló el estanque y sobre su tersura describen ágiles los patinadores líneas de suprema esbeltez. En el Parque nevado los árboles mienten una flora fantástica, y los rapaces hacen con la nieve bolas entre sus manos ateridas, lanzándoselas después en batalla jovial. Frente á la entrada otros niños modelan en nieve el busto de una institutriz, y los rasgos duros de la bretona se acentúan en la escultura rudimentaria, que concluyen transformando en granadero merced á unos mostachos, maculándola con cieno después. Cogidas por las manos, en la glorieta, las niñas forman amplio círculo movable, cantando con voces frescas y rientes desventuras aún no conocidas, que ya las preocupan con un fatalismo ingenuo. Arriba, con fría sonrisa borrosa, sonrío el sol.

Por las tardes, luego del paseo, recorren las calles populosas, en cuyas aceras los escaparates ponen cuadros de luz. Frente á las tiendas hay

grandes armatostes empavesados de papeles multicolores, llenos de dulces, de tarros de frutas, de aceitunas, de legendarios turrone, y en manadas guiadas por mujeres marchan con unánime andar y ruidoso cloqueo los pavos víctimas de las fiestas pascuales. Al pasar por una calle, de un cajón donde se cobija una anciana que asa castañas surge la voz insinuante y trémula:

—¡Cuántas, calentitas, cuántas!...

Hay en la casa una temperatura agradable, y sólo cuando se abre algún balcón penetra el frío como un gran cuchillo... Sobre el crómo del almanaque, donde quedan muy pocas hojas, un viejo patriarca que recibe á un niño dicen el símbolo del año viejo que se va y del nuevo año que llega. Desde el balcón se ve la calle constelada de luces eléctricas, y de la cercana esquina, cuando cesan de pasar coches, viene el rumor trémulo é insinuante de la anciana que asa castañas:

—¡Cuántas, calentitas, cuántas!...

Y hay una larga sucesión de días monótonos y grises. En la casa, junto á las chimeneas donde la leña al arder se retuerce con crispaciones que traen el recuerdo de las fiestas inquisitoriales, los niños se hacen referir todas esas consejas fabulosas en las que los dragones, las princesas, los jóvenes caballeros esforzados, las hadas y

los reyes que tienen invariablemente tres hijas, urden acciones varias y quiméricas. Hace mucho frío y los niños oyen de labios aconsejadores exhortaciones para no abandonar la casa llena de hastío y de tibieza. Hasta la columna del termómetro—les dicen—se recoge deseosa de refugiarse en el globo plateado, que es su casa. Esperad á que pase el invierno. Y los niños aguardan, aguardan soñando en las cálidas mañanas del Parque, hasta que un día, después de muchos, en los árboles tanto tiempo desolados y rígidos hay brotes frescos que son de color verde y producen una suave alegría: es Abril.

Las tardes de Abril hablan de una resurrección gloriosa. En los campos, yermos seis meses bajo la mortaja invernal, el milagro de las flores y del verdor resurge, y en la ciudad las ventanas, que permanecieron largo tiempo cerradas, muéstranse abiertas al sol, encuadrando la nota sensual de bustos eurítmicos, de caras jóvenes regocijadas y de rosas y jaulas con pájaros.

Los paseos lejanos de la urbe están llenos de gente. A lo largo de los senderos, los trajes claros y los tonos polícromos de las sombrillas ondulando fingiendo una sierpe casi jovial, que se dispersa al término de la alameda, bajo la sombra de los álamos seculares, donde hay fuentes que manan agua fresca, bellas estatuas mutiladas

y parajes ocultos favorables á íntimos coloquios ó á repartir la merienda, resarciéndose con la escena geórgica del yantar sobre la hierba, libres de la etiqueta urbana, del trabajo que costó acarrearla. En el paseo, las carreras de los niños levantan un polvillo tenue, que el nigromántico sol transforma en una evaporización de oro.

Luisito, Sarita, Manuel Angel, Julia y Lucía, van enlazados por el sendero, ante las criadas vigilantes, que marchan gravemente detrás, poniendo en la monotonía de sus existencias vulgares un momento sentimental, rememorando los hogares lejanos donde las madres hilan y esperan y donde los novios, luego de permanecer todo el día inclinados sobre los surcos, se inclinan trabajosamente encima del papel, trazando en un jeroglífico imperfecto sus añoranzas y sus ensueños de labradores, que simbolizan en las mieses doradas la felicidad de toda la vida.

Los niños formulan sendas opiniones distintas. ¿Á qué se debe jugar? Lucía quiere que sea á las muñecas sin muñecas y á fingirse personas mayores y jugar á casarse—ella con Sarita—y á ser lo que son sus papás. Julia prefiere danzar en corro, cantando el bello romance que cuenta cómo lloraba el rey mientras cuatro hombros ducales sostenían el féretro donde iba la reina, bella y fría, vestida de seda y calzados los chapi-

nes de charol que él le regalara el día epitalámico. Manuel opta por narrar cuentos y Sarita por correr en torno de un estanque ó jugar á la gallina ciega. Cuando tras largas deliberaciones la opinión de jugar al corro prevalece, Luisito, mostrando á Lucía la perspectiva lejana donde se confunden las cosas y parecen las gentes una mancha sin contornos precisos, le propone ir juntos hasta allá. Sarita acepta y parten, y al partir él recuerda el ademán bizarro de aquel joven que durmió tres noches en el castillo habitado por fantasmas y que jugó á los bolos con cabezas de muerto y enterró al fin, con un solo golpe en el yunque, la barba plateada y perversa del mago.

Otros niños se unen á Sarita y á Manuel Ángel, y sucesivamente entristecen la alegría del paseo las voces infantiles, que, ignorantes, desentonadas, van desgranando desventuras. Y así, por los labios que sólo se conciben en un fruncimiento de risas, van pasando las torturas adversas de Delgadina, que se muere de sed, la desolación de los que aguardan á Mambrú, quien partió envuelto en hierro hacia el fragor de la batalla, de la cual sólo torna su paje, casi exánime bajo el peso de la mala nueva, y la de la niña casada por voluntad de su madre con un marido que pasa las noches sin dejar huella en su almohada, y la

de la reina mora, lánguida y suspirante, y la de Marianita Pineda, muerta por bordar la bandera que le había de servir de sudario...

¡Oh, qué paseo tan lindo! Hay que seguirlo en toda su extensión y cruzarlo allá donde el monstruo petrificado llueve sobre sí el agua, que irisa el sol, por sus cien bocas. Luego, con unos cuantos pasos, llegarán al puesto en que venden dulces y molinos de papeles multicolores, que giran al viento, y al girar de prisa parecen de un solo color... No hay que cansarse. Luisito creía que el puesto estaba más cerca. Ya hace mucho rato que andan y sólo ven altas murallas de evónimos y caminos cenicientos que ondulan, y gentes indiferentes que pasean con grave lentitud. Lucía ya empieza á impacientarse.

—¿Hay que andar aún mucho?

—No, muy poco más.

Hay un instante en que la luz parece mayor, las copas de los árboles, como si un nuevo Midas prodigioso y fatal las hubiera tocado, se mecén doradas, y de pronto el oro empieza á palidecer y en menos de un minuto cae sobre el paseo una niebla gris, casi azulosa, que en la lejanía parece más compacta y negra. Están perdidos... La cara de Lucía se entristece; sus ojitos brillan inquietos mientras la boca, siempre reidora, se crispa con un rictus acerbo. En la cara

de Luisito los rasgos duros se acentúan, y hay momentos en que al imponerle á Lucía su voluntad de que no llore, su gesto hosco no tiene nada de infantil. Y así andan y andan cogidos de la mano, Lucía muy apretada contra él, sintiendo su protección. Salen del Parque. En la calle algunos transeuntes vuelven la cabeza al ver á dos niños solos. Luisito, que ha oído contar historias de hombres que roban chicos para matarlos, prohíbe á Lucía decir á ninguno de los hombres compasivos que se les aproximan á interrogarles las señas de su casa. Ella, atemorizada, le obedece.

—¿Os habéis perdido, niños? ¿Sois hermanitos?... ¿No sabéis cómo se llaman vuestros papás y las señas de vuestra casa?

Lucía quiere decir que sí, que se ha extraviado con su amiguito y que sabe los nombres de sus padres y la calle donde viven; pero la voz firme de Luisito contesta:

—No señor, nosotros no estamos perdidos; vivimos ahí enfrente y esperamos á la criada que ha ido á la tienda.

El caballero se aleja, volviéndose á mirarlos extrañado antes de desaparecer entre la niebla que cae densa sobre la calle. Dos transeuntes más se les acercan, y Luisito les despide á todos con el mismo embuste. Así andan, andan, andan. De

vez en vez se detienen ante un escaparate que se abre pálidamente luminoso. ¿Qué hora será? Llegan á una plaza muy grande. Lucía no puede contenerse más y el hipo apagado de su llanto suena doliente. Luisito la ase por un brazo y dice con súbito alborozo:

—¡Mira!...

En un banco, reclinada sobre el respaldo la cabeza casi centenaria, envuelta en la plata muelle de su barba y de su melena, un mendigo reposa. Luisito, en el primer momento, cree que es Dios. Él tiene la firme convicción de que Dios es un anciano obeso de lengua barba senatorial y que el arcángel de la espada flamígera tiene su terrestre representación en los tenientes de infantería. Pero al acercarse, nota que le falta el triángulo simbólico, y entonces duda si será el buen rey Baltasar, que se habrá quedado dormido mientras el cortejo fastuoso de camellos, de elefantes y de juguetes seguía la peregrinación de ventana en ventana, en busca de zapatos votivos. Luisito busca en vano la corona y piensa, al no hallarla, que será algún abuelo. Ha decidido despertarle. Él no tiene, como Lucía, el temor de que aquel viejo les arroje al río dentro de un saco lleno de piedras. La faz del durmiente es benigna; aquel anciano no puede ser malo. Luisito le sacude con suavidad la mano

rugosa, y en la cara aureolada de plata, dos ojos azules se entreabren como una sonrisa.

—No nos haga daño... ¿Usted es el rey Baltasar, ó es un abuelito como el mío, que es bueno?...

—¿Quiénes sois, hijitos?... No temáis... Sí, sí; yo soy un pobre abuelo sin nietos.

Luisito le narra la aventura, sin ocultarle cómo ha negado la verdad á los hombres hoscos y jóvenes que se les acercaron para robarlos. Lucía llora de gozo al saber que volverá de nuevo á su casa, junto á sus padres, junto á su hermano Raúl. El mendigo acaricia con sus manos temblorosas las caritas frescas, y cree que está reclinado en el banco y que nadie ha sacudido con levedad su mano arrugada, y que sueña...

—Entonces, usted es un niño como nosotros, ¿verdad? Mamá nos dice que cuando las personas se hacen viejas, muy viejas, vuelven á ser niños. Mi abuelita juega con nosotros. Si es cierto, cuando vayamos á casa yo le dejaré mis muñecas, ó mejor, que Luisito le deje su caballo, que es juego de hombres.

—Sí, yo soy un niño como vosotros, pero un niño sin casa... Vamos, decidme dónde vivís.

Luisito, sin recelo, responde:

—Quiero ir á casa de Lucía, para que no se asuste su mamá. Es en la calle de Ilira, 32, al lado de una tienda de muebles.

Andan cogidos por las manos, el viejo en medio, y ríen, ríen como tres niños que se hubieran retardado en el Parque. Andan, andan. Las gentes, al pasar, se vuelven hacia el grupo y su vista pone en sus preocupaciones ó en sus indiferencias el paréntesis de una sonrisa...

V

El coche marcha saltando por el camino, que se retuerce entre montañas de granito ó entre yermos. Los días luminosos pasaron, y otra vez los árboles alzan al cielo las ramas sin hojas; otra vez el agua se hace cristal turbio en los charcos y en las juntas de las piedras. Luisito entretiene su hastío empañando los vidrios con el aliento congelado y escribiendo en ellos con la punta del dedo índice nombres, los nombres de los seres queridos que se quedan detrás: su abuela, sus papás, sus amigos, y últimamente, con su mejor letra redondilla, el nombre mago evocador de una figura lánguida y alta, con manos semejantes á lirios, en una de cuyas sortijas la sangre de un herido rubí tiñe de rojo el fulgor blanco de los brillantes... En la penumbra, la cara rasurada del sacerdote y su tonsura cenicienta y redonda clarean sobre el tono obscuro de la sotana. Luisito juzga dormido al padre, y mirando la ciudad, que desdibujan la distancia y

la niebla, solloza. La voz del padre interroga melifluamente:

—¿Temes venir á nuestro colegio? Allí aprenderás bajo la advocación de Dios Nuestro Señor. El invierno se pasa pronto, y si has sido bueno, podrás estar un mes junto á tu familia.

Luisito, con voz donde hay más cólera que pena, responde:

—No, si no lloro; yo no lloro nunca.

—Es muy malo mentir.

Hay un silencio largo. El coche sigue alejándose de la ciudad.

Blanco el cielo y blancas las cimas de los montes, que se funden con él. Entre dos colinas, una aldea esconde sus tejados rojizos y su campanario, donde hay un reloj que no anda y una velta que imita al girar el graznido de las cornejas. En el silencio matinal, rebujadas en mantos pardos, algunas devotas acuden al llamamiento entumecido de la campana que voltea despaciosamente. Campana única, campana que tocó en sus bautizos, que repiqueteó en sus bodas, y planeará el día que sus cuerpecitos encorvados se inclinen de una vez hacia la tierra. Sobre la aldea, una lluvia incesante ha caído un día tras otro, muchos. Dos hombres llegan calados, jinetes en mulos que jadean envueltos en el vaho denso y cálido de sus respiraciones,

congelada la espuma en los belfos y los arrees nevados.

Pasado mucho tiempo, el coche se detiene ante un portalón que traspone después de abierto. En el jardín vasto, los dioses paganos de las fuentes han sido sustituidos por santos, y Tomás de Aquino, Ignacio de Loyola y Cristóbal el ciclópeo, yérguense austeros sobre las oquedades marmóreas llenas de agua, donde algunos peces urden la malla de un tejido invisible y polícromo. Llega del edificio un rumor dísono y apagado de muchedumbre contenida. Ya en el despacho del rector, sentado en el diván cubierto de tela cruda, Luisito experimenta una sensación de intranquilidad, y en tanto contempla en oleografías, que se suceden simétricas á lo largo de la pared, la bárbara sangrienta epopeya de la Crucifixión, siente el deseo de prolongar eternamente aquella espera, á la vez que el ansia de oír pronto cómo chirría la puerta para dar paso á la figura del rector. El rector no es un anciano, como se figuraba él: es un hombre grueso, que al igual del padre que le trajo desde su casa, y como el padre Julio, y como el pulquérrimo padre Rosell, conocidos luego, tiene dura la mirada y blandamente imperativa la voz. El rector le ofrece una medalla y varios consejos, enviándole después al dormitorio. El padre Gu-

dián—tiene este nombre legendario el sacerdote que fué á buscarle—le ase de la diestra; ambos cruzan angostas galerías abovedadas, cuya blanca monotonía rompen de trecho en trecho la nota violenta de un cromo ó el relieve rectilíneo de una cruz, hasta penetrar en el dormitorio: larga habitación donde á uno y otro lado, separadas por ligeros tabiques, se alinean las camas. Allí trueca por una sotana gris su trajecito marinero, aquel trajecito empolvado tantas veces por el polvo luminoso del Parque. Su vida escolar ha comenzado.

Los amigos de Luisito son cinco: Julián Mendoza, Rafael Mergault, Carlos Legrand, Oliverio Smbit y Santiago Torralba. La inquietud era el nexa que unía á los cinco infantes, de instintos y temperamentos diversos. El hecho de que aquella admirable asociación ofensiva y encubridora, ante cuyos secretos la vigilancia de los padres y las acusaciones de los aduladores fueron inútiles, alterase su constitución para dar cabida á un sexto miembro conmovió el colegio, nimbando á Luisito de una aureola de prevención y envidia. De nada sirvieron las centuplicadas precauciones de los padres; resultó ineficaz separarlos; á través de la distancia, en distintas clases, alojados en apartadas celdas, aquella masonería de chiquillos traviosos obraba unánime,

como si una reunión organizadora hubiera precedido todos sus actos. Julián era fuerte, de un valor temerario que jamás le hacía pensar en cubrir las retiradas en sus combates contra la despena, ni en ponerse á cubierto de las pesquisas ulteriores á sus travesuras; de una impetuosidad que tenía que refrenar siempre el taimado Carlos Legrand. Los proyectos de Julián consistían en poner fuego á la sala de estudio, saquear, armados de garrotes, la mayordomía, ó cosas siempre de orden violento. Cuando lograban reunirse á favor de un descuido de los padres, Julián, misterioso y alborozado, comunicaba en voz que jamás logró fuese apagada:

—Tengo un proyecto.

Interrogaban todos, y él:

—Vengarnos de Rey cerrando por fuera la celda del padre Rosell, cuando estén los dos dentro.

Legrand argüía:

—Se sospechará en seguida de nosotros.

Julián, que no había previsto nada, exclamaba desanimado:

—Es verdad. ¡Qué lástima, qué lástima! Pensaré otra cosa.

Y á los pocos días de meditación se aparecía proponiendo arrojar á Rey al estanque.

Los grandes éxitos de astucia eran de Legrand. Fué él quien ideó sustituir una página del libro

místico que se leía durante la colación por otra de una obra picaresca hurtada durante las vacaciones á un primo suyo adolescente; de él era la idea de pintar bigotes rojos á las imágenes y esconder barras de bermellón en los pupitres de los enemigos. Carlos meditaba las travesuras que Julián y Oliverio Smhit habían de ejecutar, exponiéndose. La cobardía de Carlos sólo tenía un término de comparación: su sagacidad. Rafael Mergault fué de todos los compañeros el que más simpatizó con Luisito, no sólo por la homología de sus temperamentos, sino por ser un poco mayor que él y mucho menor que los demás. Transcurrían las veladas de estudio narrándose sus vidas sencillas, que ellos se complacían en creer accidentadas. Rafael, hijo de un armador tudesco, mostraba excepcionales aptitudes para fabricar pequeños aparatos de utilidad ó de adorno: hacía mamparas de papel rizado, abanicos, bonetes, y sus máquinas para apresar ratones y para hacer mover los barquichuelos rebasaban la línea máxima de la ingeniería infantil. Su imaginación era exuberante. Con los sucesos que aseguraba le habían acaecido bastaba para llenar tres vidas, aun cuando fueran las de aquellos longevos patriarcas que llegaron á ser seculares como los árboles. Rafael compartía con Luisito la afección á lo inesperado

y el gusto de ignorar sus lecciones, sabiendo, en cambio, las de los compañeros de clases superiores á las suyas. Tan pronto figuraba en el cuadro de honor, como en la lista de los castigados por desaprovechamiento. Y muchas veces, mientras la voz del lector desgranaba con monórrima lentitud los episodios de la vida de un mártir, Rafael, bajas la cabeza y la voz para esquivar la vigilancia de los padres, contaba á Luisito cómo en su casa entreteníase numerosas horas aguardando una carta inesperada, deseando oír el campanillazo de un desconocido de quien ignoraba los propósitos y el nombre, y cómo en cien ocasiones se forjara la quimera de hallar en el suelo un tesoro perdido, en tanto marchaba con la cabeza alta, fija en la extensión azul, donde temblaba la plata de una estrella.

Á Luisito, todas estas imaginaciones parecíanle cualidades preciosas de su amigo Rafael. Y aquella superioridad que en el colegio primario encadenara á Raúl al imperio de su voluntad era ahora lazo que le unía á su condiscípulo, á quien en poco tiempo hizo confidente de sus secretos: misterios pueriles que él juzgaba trascendentales. Por las noches escapábase de su celda para ir á verle. Rafael llegó á conocer á todos los parientes de Luisito por sus referencias.

Sabía que su abuelita era muy vieja y vivía en una población lejana, más allá del mar, con una hermana de su madre; sabía cómo eran sus amigos Raúl, Sarita, Julio, Margarita y Emilio. Rafael hubiera entrado en todas las habitaciones de la casa sin equivocarse, detallando uno á uno sus muebles. Dentro de la sociedad de los seis amigos, hermanos en travesuras, ellos dos constituían una hermandad autónoma, más unida, casi indivisible. Sólo había una cosa que Luisito no le comunicara á Rafael, pero que no estaba dispuesto á ocultarle por más tiempo. Aquella noche se lo diría en el aula.

Cuando la campana, anunciando la hora de estudio, suspendió en el patio el clamor que alzaban los estudiantes con sus juegos, Luisito, un poco intranquilo, sentóse á esperar la llegada de Rafael. Luego de un rato, como éste no le preguntase, él le dijo:

—¿No quieres que te diga lo de esta tarde?

—¡Ah, sí! Ten cuidado: está mirando el padre para acá.

Y fijas las vistas en los libros, sin mover apenas los labios, Luisito le fué contando sus amores hacia la mamá de Lucía, exaltándose al narrar sus encantos:

—Es alta y blanca; nunca riñe; cuando me besa, siento en la cara como si me pasaran una pluma...

Tiene el pelo negro, las manos... Verás, dame el lápiz, yo te la pintaré.

Con trazos rudimentarios comenzó á pintar algo que aspiraba semejarse á una mujer. Aunque las facciones no acusaban parecido ni aun dibujo alguno, él la veía allí y estaba seguro de que su amigo la veía también.

—¿No te gusta?... ¿Verdad que es bonita y buena?...

Una mano arrancó de sus manos el dibujo, y la voz aflautada del padre Rosell clamó con inflexiones de ira:

—¡Sucios!... Pintando ya porquerías de mujeres, cuando son menos altos que un cirio...